

Los «Artículos de necesario conocimiento para quien se inicie en el arte de la lógica» de ABŪ NASR AL-FĀRĀBĪ

RAFAEL RAMÓN GUERRERO

En un trabajo anterior¹ he señalado la importancia que los biógrafos árabes conceden al filósofo Abū Nasr al-Fārābī en el campo de la lógica y he ofrecido la versión castellana de una de sus breves obras de introducción a este ámbito de la filosofía.

Pretendo aquí dar a conocer al lector otro de estos breves escritos de este autor, dedicado a servir de preámbulo a los estudios que versan propiamente sobre el arte de la lógica. Fue editado por D. M. Dunlop² a partir del texto contenido en el manuscrito Hamidiyya 182 de Estambul (fols. 3.^a-5^b) y en el manuscrito Hebreo 1008 (texto árabe en caracteres hebreos) de la Biblioteca Nacional de París (fols. 100^a-103^a). Además, de este escrito se conservan *lemmata* en el comentario de obras lógicas del andalusí Avempace (manuscrito árabe 612 de la Biblioteca de El Escorial) y una manifiesta influencia en el *Tratado sobre el arte de la lógica* del judío cordobés Maimónides.

Se trata de la obra que lleva como encabezamiento el siguiente título: *Artículos que comprenden todo lo que necesita saber quien desea iniciarse en el arte de la lógica*. Está dividida en cinco artículos o secciones, en donde su autor da a conocer, de manera breve y simple, diversas cuestiones que, según él, son de necesario conocimiento para abordar el estudio de la lógica.

Es de destacar la importancia que al-Fārābī concede al conocimiento de la lengua y de la gramática, como se adivina por sus continuas referencias a cuestiones de tipo lingüístico y gramatical. Ya su *Epístola de introducción al arte de la lógica* nos permite comprobar su interés por el lenguaje, precisamente porque su concepción de la lógica implica verla no sólo como método del recto pensar, sino también como método del recto decir, en el sentido de que el término *Logos* designa tanto la facultad intelectual como las ideas que resultan del acto propio de esa facultad y la expresión oral de esas ideas. Pero hay que advertir, además, que esa preocupación por el lenguaje, presente en muchas otras obras suyas, le llevó a ahondar la relación entre la aprehensión

¹ «Al-Fārābī lógico. Su *Epístola de introducción al arte de la Lógica*», en *Homenaje al Profesor Darío Cabanelas*, Universidad de Granada, 1987, pp. 445-454.

² «Al-Fārābī's Introductory Sections on Logic», en *Islamic Quarterly*, 2 (1955) pp. 264-282, con traducción inglesa.

lingüística y la aprehensión intelectual³, con una clara intención de profundizar de esta manera lo expresado por Aristóteles al comienzo del *Peri Hermeneias*, a saber, las relaciones entre lenguaje, pensamiento y realidad.

En el primero de los cinco artículos en que divide su opúsculo, al-Fârâbî señala cómo existen términos que son usados con un significado técnico en cada una de las ciencias o artes. De estos términos unos son empleados exclusivamente por los estudiosos de esa ciencia, mientras que otros son comunes al lenguaje usual y al lenguaje técnico, si bien en éste poseen una significación completamente distinta de aquella que tienen en el habla vulgar.

El artículo segundo trata de la distinción existente entre el conocimiento discursivo, obtenido por medio de reflexión y deducción, y el conocimiento de tipo intuitivo, que puede ser de cuatro clases. La misma división aparece en el ya citado *Tratado sobre el arte de la lógica* de Maimónides⁴. Entre esas cuatro clases está la que se refiere a lo que al-Fârâbî llama -inteligibles primeros- (*ma'qûlât uwal*), que hay que entender como aquellos axiomas o principios que constituyen el fundamento de la demostración, según Aristóteles.

El tercer artículo versa sobre lo que es por esencia y lo que es por accidente. Por sí o esencial ($\kappa\alpha\theta'$ αὐτό) es todo aquel atributo que está unido, constantemente o en la mayoría de los casos, a un sujeto. Accidental ($\kappa\alpha\tau\alpha$ συμᾶτ;βηκός), en cambio, es aquel atributo que no pertenece a la naturaleza propia del sujeto y que está unido a él por azar o casualidad⁵.

El cuarto artículo establece las diversas maneras por las que de una cosa se dice que es anterior o posterior a otra: según el tiempo, por naturaleza, según el orden, según la excelencia y por ser causa de la existencia de algo. Son, por consiguiente, las mismas cinco maneras que Aristóteles expresa al estudiar el «postpredicamento» de lo anterior ($\pi\rho\acute{o}\tau\epsilon\rho\upsilon$) en *Categorías*⁶, y que Maimónides también repite⁷.

Finalmente, en el quinto artículo, al-Fârâbî considera ampliamente los términos simples y compuestos. Son términos simples el nombre, el verbo y la partícula.

También en su obra *Ihsâ' al-'ulûm*, donde comienza su clasificación de los conocimientos con la ciencia de la lengua, afirma que los términos «simples, que significan los géneros y las especies, pueden ser nombres, verbos y partículas»⁸.

³ Cf. R. RAMÓN GUERRERO: «Al-Fârâbî y la *Metafísica* de Aristóteles», en *La Ciudad de Dios*, 196 (1983), especialmente pp. 218-223.

⁴ *Terminologie logique (Maqâla fî sinâ'at al-mantiq)*, edición del texto hebreo, traducido del original árabe, con versión francesa por M. VENTURA, París, 1935; reimp. J. Vrin, 1982, pp. 67-68.

⁵ Cf. MAIMÓNIDES: o.c., p. 95.

⁶ 12, 14a 26-14b 23.

⁷ O.c., pp. 103-105.

⁸ *Catálogo de las ciencias*, ed. y trad. castellana por A. GONZÁLEZ PALENCIA, 2.^a ed., Madrid-Granada, C.S.I.C., 1953, p. 12 del texto árabe y p. 6 de la trad. castellana. A la Ciencia del Lenguaje dedica al-Fârâbî todo el artículo primero de esta obra, pp. 9-21 árabes, 5-12 de la traducción.

Con gran detenimiento son estudiadas las características y propiedades del nombre y del verbo en lo que respecta a su significación, pero lo que realmente sorprende es la importancia que el filósofo árabe da en diversas obras suyas a la consideración de las partículas⁹, en tanto que son aquellos elementos que permiten modificar los significados expresados por nombres y verbos, o bien por ser la partícula (σύνδεσμος) aquella voz que, careciendo de significado, da la oportunidad de constituir una sola voz significativa a partir de varios términos significativos por sí mismos, según expresa Aristóteles¹⁰. Pero es que, además, para al-Fârâbî algunas partículas son las que sirven para formular las preguntas por las categorías¹¹. Precisamente el término árabe que el filósofo utiliza para designar las partículas no es el usual de los gramáticos árabes, como él mismo nos dice, *harf*, plural *hurûf*, sino este otro: *adât*, plural *adawât*, que en su sentido originario significa «instrumento», «utensilio», es decir, el útil del que se sirve quien desea añadir nuevos significados a un término.

Tras finalizar su referencia a los nombres, verbos y partículas, al-Fârâbî explica las distintas clases de términos compuestos, acentuando entre ellos la definición y la descripción, de gran importancia para la lógica, como lo muestra el hecho de que tanto en su *Epístola de introducción a la lógica*¹² como en su comentario a la *Isagoge* de Porfirio¹³ sean objeto de su preocupación. Y, como ya señalé, es el primero en establecer la distinción entre definición y descripción en el mundo árabe, y no Avicena como se suele afirmar. Definición y descripción se diferencian porque la primera indica la esencia de lo definido, mientras que la segunda sólo hace referencia a sus propiedades y accidentes.

Ofrezco a continuación mi traducción de esta pequeña obra de al-Fârâbî, realizada sobre la edición ya citada de Dunlop.

Artículos que comprenden todo lo que necesita saber quien desea iniciarse en el arte de la lógica. Son cinco artículos.

Artículo primero

De los términos que se utilizan en cada parte, unos no son suficientemente conocidos aún por las gentes que hablan una determinada lengua, sino que solamente son usados por quienes se sirven de ese arte, como, por ejemplo,

⁹ Cf. R. RAMÓN GUERRERO: «Al-Fârâbî y la *Metafísica*...», pp. 213-218.

¹⁰ *Poetica*, 20, 1457a 4-6.

¹¹ *Kitâb al-hurûf*, ed. por M. MAHDI: *Al-Fârâbî's Book of Letters*, Beirut, Dar el Machreq, 1969, pp. 62-64.

¹² Cf. mi traducción en «Al-Fârâbî lógico...».

¹³ Ed. y trad. inglesa por D. M. DUNLOP: «Al-Fârâbî's *Eisagoge*», en *Islamic Quarterly*, 3 (1956-57), pp. 126-127 del texto árabe y pp. 136-138 de la traducción.

al-anîdây y *al-awârây*, utilizados en el arte del secretariado¹⁴. En cambio, otros términos son suficientemente conocidos por las gentes, pero ocurre que los que se sirven de ese arte los aplican en un sentido y las gentes en otro, como, por ejemplo, *al-zimâm*¹⁵, utilizado también en el arte del secretariado, pues los secretarios lo emplean con un significado y las gentes con otro.

De estos términos, hay unos que han pasado a las artes a partir de los significados que son expresados por las gentes, bien por la semejanza de los significados que tienen en las artes con los significados que las gentes expresan con estos términos, bien por estar relacionados con ellos de alguna manera. Y hay otros que son suficientemente conocidos por las gentes y los que se sirven de ese arte los aplican a aquellos significados que las gentes expresan con estos términos.

Cuando al hablar se utilizan en un cierto arte términos suficientemente conocidos por las gentes y aquellos que se sirven de ese arte los entienden de manera distinta a como los entienden las gentes, entonces no es preciso prestar atención a lo que las gentes quieren expresar con ellos, sino que han de ser empleados según lo que quieren decir para quienes se sirven de ese arte. Por ejemplo, cuando el secretario oye decir, o él mismo dice, en su arte, el término *al-zimâm*, no quiere expresar por él lo mismo que se entiende cuando se habla del *zimâm* del camello. Y, de la misma manera, cuando los gramáticos oyen decir, o dicen ellos mismos, *raf'*, *nasb* y *jafd'*¹⁶, no se les ocurre aplicar estos nombres a aquellos significados que les dan quienes no son gramáticos; pues, cuando el gramático aplica estos términos a significados distintos de los que les dan las gentes, no está haciendo eso por error suyo ni por querer salirse de lo que es propio. Lo mismo ocurre en las restantes artes.

Artículo segundo

De las cosas que son conocidas, unas lo son sin demostración, reflexión, meditación ni deducción, mientras que otras son conocidas por medio de reflexión, meditación y deducción.

Las que son conocidas o existen sin reflexión ni demostración alguna, son de cuatro clases: opiniones recibidas, cosas suficientemente conocidas, cosas percibidas por los sentidos e inteligibles primeros.

Las opiniones recibidas son aquellas que son garantizadas por alguien que es tenido por bueno, o las que establece alguien tenido por bueno.

¹⁴ Términos persas que significan, según el editor del texto, «registro» y «libro de cuentas», respectivamente. Es sabido que el arte del secretariado pasó de Persia al mundo islámico en los inicios del periodo abasí y que este arte contribuyó sobremanera a la consolidación de la prosa árabe, cf. S. M. AFNAN: *Philosophical Terminology in Arabic and Persian*, Leiden, J.Brill, 1964, pp. 11-12.

¹⁵ Significa «libro de registros» para el secretario y «riendas» en lenguaje vulgar.

¹⁶ *Raf'* designa, en gramática, el caso nominativo, mientras que en la lengua vulgar significa «elevación». *Nasb*, el caso acusativo y «levantamiento», respectivamente. *Jafd'*, el caso genitivo y «descenso», respectivamente.

Las cosas suficientemente conocidas son las opiniones ampliamente difundidas entre todos los hombres o entre muchos de ellos, entre los sabios y hombres inteligentes o entre muchos de ellos, sin que otros, incluso uno solo de ellos, piensen de manera distinta en este asunto. Por ejemplo, que honrar a los padres es un deber y que la gratitud al bienhechor es buena y la ingratitude es mala. También lo que es suficientemente conocido por los que se sirven de cada arte o por los que son conocidos por su habilidad, como, por ejemplo, lo que es suficientemente conocido por los médicos, o por los que son más hábiles entre ellos.

Las cosas percibidas por los sentidos son las conocidas por medio de uno de los cinco sentidos, como que Zayd está sentado ahora y que en este momento es de día.

Los inteligibles primeros son aquellas ideas que encontramos en nuestras almas, de tal manera que su conocimiento parece innato desde el principio, dotadas de certeza y sabiendo que no es posible que puedan ser de modo distinto a como son en absoluto, pero sin que sepamos desde el principio cómo se han originado en nosotros, ni de dónde han surgido. Por ejemplo, que todo tres es número impar, que todo cuatro es número par, que todo lo que es parte de una cosa es más pequeño que esa cosa, que el todo es más grande que la parte, que dos cantidades iguales a una tercera son iguales entre sí, y otras cosas semejantes.

Todo aquello que se aparta de estas clases de objetos de conocimiento, es lo que conocemos por medio de razonamiento y deducción.

Artículo tercero

Una cosa puede ser por esencia o por accidente en algo, por él, junto a él, para él, con él o desde él.

Ser por esencia consiste en que en la substancia y en la naturaleza de una cosa radica el ser en un cierto algo, junto a él, para él, por él, con él o desde él; o bien, que está en la substancia de algo en el que la cosa existe, junto a él, por él, para él, con él o desde él; o bien, que está en la substancia de ambas cosas conjuntamente.

Ser por accidente consiste en que no está ni en la substancia ni en la naturaleza de ninguno de ellos.

Esencial, por ejemplo, es la muerte que sigue necesariamente al degüello, porque existe esencialmente unida al degüello; también, multiplicar cinco por dos, de donde se sigue esencialmente la existencia del diez.

Accidental, por ejemplo, es que caiga un rayo en un cierto lugar y que por esa razón muera allí un animal; la concurrencia de la muerte y del rayo que cae es accidental y no esencial, pues no es propio de la naturaleza de la muerte existir junto al rayo, ni tampoco pertenece a la naturaleza del rayo la muerte. Tal es la circunstancia de todo lo que existe por casualidad.

Lo que es por esencia existe siempre o en la mayor parte de los casos.

Ejemplo de lo que existe siempre es multiplicar cinco por diez, de donde siempre se sigue la existencia de cincuenta. Ejemplo de lo que existe en la mayor parte de los casos es que el hombre tenga canas en su vejez, que haga frío en invierno y otros casos semejantes.

Artículo cuarto

Cinco son las maneras por las que se puede decir que una cosa es anterior a otra: según el tiempo, por naturaleza, según el orden, por excelencia, nobleza y perfección, o por ser causa de la existencia de la otra cosa.

Lo anterior según el tiempo pasado es aquello cuyo tiempo está más alejado del ahora y lo posterior es aquello cuyo tiempo está más cerca del ahora. Lo anterior según el tiempo futuro es aquello cuyo tiempo está más cerca del ahora y lo posterior es aquello cuyo tiempo está más alejado del ahora.

Lo anterior por naturaleza existe necesariamente cuando existe la otra cosa; no desaparece al desaparecer la otra cosa, pero si desaparece, la otra cosa desaparece; cuando existe, no se sigue necesariamente que la otra cosa exista. Un ejemplo de esto son los números uno y dos: el uno es anterior por naturaleza al dos y existe necesariamente al existir el dos; no desaparece al desaparecer el dos, pero si el uno desaparece, entonces necesariamente desaparece el dos: cuando existe el uno, no se sigue necesariamente que exista el dos. Igualmente ocurre con animal y hombre: cuando hombre existe, necesariamente existe animal; en cambio, cuando animal desaparece, desaparece también hombre, y cuando animal existe, no se sigue necesariamente que exista hombre; *por consiguiente, animal es anterior por naturaleza a hombre.*

Lo anterior según el orden es aquello que está más cerca de un determinado principio, sea en lugar, sea en algo de lo que tiene ordenación. Por ejemplo, se dice que el inicio de un discurso y el de un libro son anteriores a lo que allí se narra, y que Zayd es anterior ante el rey en la corte.

Anterior en excelencia y perfección es, por ejemplo, cuando se dice de dos médicos que uno de ellos es más perfecto que el otro en medicina; el más perfecto de los dos es anterior en la medicina. De modo semejante, de dos clases de cosas diferentes se dice que una de ellas es más noble que la otra, como, por ejemplo, la sabiduría y la danza, pues el sabio es anterior en nobleza al danzarín.

Anterior por ser causa es la que es causa entre dos cosas que tienen correspondencia por igual en la necesidad de ser. Por ejemplo, la salida del sol y la existencia del día: cuando existe el día, necesariamente se sigue que ha salido el sol, y si ha salido el sol, necesariamente se sigue que existe el día; ambos, pues, tienen correspondencia por igual en la necesidad de ser, pero la salida del sol es causa de la existencia del día mientras que la existencia del día no es causa de la salida del sol. Se dice, entonces, que la salida del sol es anterior a la existencia del día por ser causa y no por otra cosa.

No es imposible que haya causas que, según el tiempo, sean anteriores a

aquello que de ellas procede. Por ejemplo, el albañil y la pared; el albañil reúne la anterioridad por dos veces: por ser causa y según el tiempo.

Tampoco es imposible que una sola cosa sea anterior por todos estos modos o por algunos de ellos.

Ni tampoco es imposible que una sola cosa sea anterior a otra por uno de estos modos y posterior por otro, como, por ejemplo, cuando existen dos médicos, de los cuales uno es más viejo y otro más joven, y ocurre que el más joven de edad es más hábil; entonces el más joven es posterior según el tiempo, pero es anterior en excelencia al otro.

Artículo quinto

Los términos que significan algo son simples y compuestos, es decir, no simples. Los términos simples son de tres clases: nombre, verbo y partícula. Al verbo (*kalima*) los gramáticos árabes lo conocen por *fi'l*¹⁷, y a la partícula (*adât*) ellos la llaman *harf*¹⁸, esto es, partícula que aporta un significado.

El nombre es un término simple que pone de manifiesto un significado que puede ser comprendido por sí mismo y por sí solo; por su esencia, estructura y forma, el nombre no indica el tiempo de ese significado, como cuando tú dices «animal», «hombre», «Zayd», «Amr», «blancura», «negrura». Cada uno de estos términos es un término simple, que pone de manifiesto un significado que puede ser comprendido y concebido por sí mismo y por sí solo; por su esencia y forma, ninguno de ellos señala el tiempo del significado al que se refieren.

El verbo es un término simple que pone de manifiesto un significado que puede ser comprendido por sí solo y por sí mismo. Pero, a la vez, por su estructura y esencia, señala el tiempo en el que ese significado se da, como cuando tú dices «paseó», «pasea» y «paseará». Todos estos términos ponen de manifiesto un significado y, a la vez, por sus formas y esencias, señalan los tiempos en los que ese significado se da; y, además, lo hacen de manera esencial y no accidental.

La partícula (*adât*) es un término simple que pone de manifiesto un significado que no puede ser comprendido por sí sólo y por sí mismo, sino que solamente es entendido cuando está unido a un nombre, a un verbo o a ambos a la vez, como cuando decimos «desde», «sobre» y otros términos semejantes.

Nombre y verbo se distinguen de la partícula por el hecho de que en sus

¹⁷ *Fi'l*, que significa propiamente «acción», designa el verbo en la gramática árabe.

¹⁸ *Harf* tiene tres sentidos en la gramática árabe: letra, palabra y partícula, cf. *Encyclopédie de l'Islam*, 2.^a ed., vol. III, 210-211, s.v. «Harf», art. de H. FLEISCH. La referencia que al-Fârâbî hace aquí a los gramáticos árabes parece apuntar al persa Sibawayh, el primer sistematizador de la gramática árabe, quien, al comienzo de su célebre obra titulado *Kitâb* (Libro), dice lo siguiente: «Los discursos (están compuestos de) nombre, verbo y partícula, que aporta un significado que no es nombre ni verbo», ed. Bûlâq, 1316 h., p.1.

definiciones está incluido el que pone de manifiesto un significado que puede ser entendido por sí solo, sin que haya necesidad de que estén unidos a otra cosa.

El nombre se distingue del verbo por el hecho de que el nombre pone de manifiesto, esencialmente y por su estructura, el significado, sin que se refiera al tiempo en el que se da. En cambio, el verbo pone de manifiesto a la vez, por su estructura y esencialmente, el significado y el tiempo en el que se da este significado, refiriéndose, por consiguiente, a dos cosas, el significado y su tiempo.

Por esta razón, cuando decimos «ayer», «mañana» y «hoy», estos términos no son verbos, puesto que, aunque cada uno de ellos pone de manifiesto primariamente un tiempo, sin embargo no ponen de manifiesto un significado en ese tiempo, pues el significado al que se refiere cada uno de estos términos es un tiempo determinado, que es su primera significación, tal como es la significación de, por ejemplo, «animal», que es el significado que indica primariamente, a saber, el cuerpo que siente. De manera semejante, «año», «mes» y «hora» son nombres y no verbos, puesto que no indican los tiempos de los significados a los que se refieren primariamente, porque, si fuere así, indicarían los tiempos del tiempo, lo que es absurdo o inexistente en estos términos.

Queda excluido de la definición del nombre el hecho de que no ponga de manifiesto de manera esencial un tiempo, puesto que cuando decimos «pasar», «moverse»¹⁹ y, en general, todas las acciones, por el hecho de que existen en un tiempo son términos significativos que se supone que indican también un tiempo. Sin embargo, no ocurre así. Antes al contrario, solamente lo indican si están unidos a un tiempo.

Términos como éstos sólo indican por su estructura el significado, pero no ponen de manifiesto por su forma el tiempo que está unido a ese significado; y lo hacen de manera esencial. Pueden significar accidentalmente su tiempo, de la misma manera que el término «blancura» indica un significado unido a un cuerpo, del que no puede estar separado, pero por su estructura misma no indica el cuerpo del que la blancura no puede estar separada. Así, «pasar» y «moverse», aunque ponen de manifiesto significados cuya naturaleza consiste en no estar separada de un tiempo, por sí mismos no indican tiempo alguno.

El verbo, en tanto que pone de manifiesto el tiempo del significado, indica también y de manera general el sujeto en el que se da ese significado; es como si indicara el sujeto cuya naturaleza consiste en que el significado esté unido con él. Por ejemplo, «pasea» significa la acción de pasear, el tiempo en que se pasea y aquella cosa en que se realiza la acción de pasear, pero sin manifestar por su nombre aquella cosa en que se realiza propiamente tal acción.

¹⁹ Al-Fârâbî se está refiriendo al *masdar*, es decir, al nombre que indica acción, que en castellano equivale o puede equivaler en muchos casos al infinitivo.

El verbo comparte este rasgo característico con aquellos nombre cuyas formas indican los sujetos de sus significados, como, por ejemplo, «blanco», «negro», «golpeador», «motor», «valiente» y «elocuente». Cada uno de éstos indica, de manera general, sus propios sujetos. «Blancura» solamente puede indicar el significado, pero no el sujeto, y de igual manera ocurre en «valentía» y en «elocuencia». En cambio, «blanco», «valiente» y «elocuente» indican tanto la blancura, la valentía y la elocuencia, como los sujetos en los que éstas existen.

Esta es la razón por la que no es imposible la suposición de que términos tales puedan pertenecer a los verbos, especialmente aquellos nombres que derivan de las acciones y movimientos, porque su naturaleza consiste en estar unidos con tiempos. Son aquellos nombres que al ser comprendidos implican tiempo en la mente, como, por ejemplo, «paseando», «golpeando», «comiendo», «bebiendo» y otros términos parecidos²⁰. Por tal causa muchos antiguos creen que estos términos son verbos y no nombres, puesto que indican de manera esencial los sujetos en los que estos significados existen y de manera accidental el tiempo del significado. Suponen ellos, cuando sus significados son entendidos y comprendidos y puesto que implican tiempo en nuestro modo de comprenderlos, que indican tiempo. Sin embargo, no ocurre así, sino que, al contrario, si es así, sólo lo es necesariamente por accidente.

Hay verbos que indican existencia y hay otros que no indican existencia²¹. Entre los que indican existencia están, por ejemplo, «fue», «es», «existió», «existe», «llegó a ser», «llega a ser» y otros análogos que son usados en lugar de éstos, pues muchas veces se utilizan en vez de éstos otros como «amaneció», «atardeció» y «permaneció»²².

Verbos como éstos y los que pueden suplirlos son llamados verbos que indican existencia, puesto que se utilizan para significar la existencia de una cosa en relación a otra y la conexión del predicado con el sujeto, como cuando decimos «Zayd está caminando» cuando Zayd camina, y «Zayd ha llegado a ser cognoscente».

Unas veces son usados para indicar la conexión del predicado con el sujeto; otras veces son empleados cada uno de ellos como predicado por sí mismos, como cuando decimos «Zayd es» o «Zayd existe», cuando queremos expresar que ha llegado a ser existente o que ha sido creado. Y estos verbos son empleados como copulativos cuando el predicado y el sujeto son dos nombres y queremos significar los tres tiempos, como cuando decimos «Zayd fue elocuente», «Zayd será elocuente» y «Zayd es elocuente». Es usual entre los árabes no emplear explícitamente el verbo que indica existencia en el

²⁰ En la lengua árabe no existe el gerundio. Este es expresado por medio del participio activo.

²¹ Literalmente dice «verbos existenciales» (*al-kalima al-wuyūdiyya*). Se trata de aquellos que indican la *ṭarāqīs*, cf. BONITZ: *Ind.* 789 a 12 y 257 a 39.

²² Estos verbos, al significar propiamente «ser en la mañana», «ser en la tarde» y «existir en un lugar o en una situación» respectivamente, suelen ser usados como sinónimos de los verbos que indican existencia.

tiempo presente, si bien ellos lo comprenden de manera perfecta, como cuando decimos «Zayd elocuente» (*Zayd fasîh*), pues ellos comprenden que con las dos palabras se quiere decir lo mismo que cuando se dice «es elocuente». Por consiguiente, el verbo que indica existencia, o aquel otro que puede suplirlo, empleado en tiempo presente es este término al que nos referimos.

Lo propio del nombre es ser unas veces sujeto y otras predicado, por sí mismo y sin necesidad de estar unido a otra cosa, como cuando decimos «Zayd es un hombre», en donde el predicado y el sujeto son nombres.

El verbo, en cambio, solamente puede ser predicado, por sí mismo y sin necesidad de estar unido a otra cosa. No puede ser sujeto, a menos que esté unido a un pronombre relativo, pues tú no puedes decir «pasea es así o asá», sino que has de decir «el que pasea es hombre», en donde unes «pasea» con «el que». Y dices «Zayd pasea», sin unir «pasea», que es el predicado, con un pronombre relativo o con otra cosa.

Muchos antiguos, sin embargo, creen que lo propio del nombre es ser sujeto por sí mismo, pero no predicado, a no ser que esté unido a un verbo que indique existencia, explícita o implícitamente; mientras que lo propio del verbo sería ser predicado por sí mismo y esencialmente, y no ser sujeto, a menos que está unido a un pronombre relativo. Así, ellos piensan que, cuando se dice «Zayd hombre» (*Zayd insân*), el término «hombre» no sería predicado mientras no estuviera explícita o implícitamente el término «es» o algún otro que le pudiera suplir. «Hombre» sólo sería predicado para ellos cuando estuviese unido a «es», pues entonces se diría «es hombre», o «era hombre», o «existe un hombre».

Lo propio de la partícula es no ser ni predicado ni sujeto, como cuando decimos «¿acaso?», «no» y «desde». Sin embargo ocurre que a veces muchas de ellas forman parte del predicado o del sujeto, como cuando decimos «Zayd estaba en la casa», en donde «Zayd» es el «sujeto» y «en la casa» es el predicado, mientras que «estaba» es un verbo que indica existencia, que une el predicado con el sujeto y que indica el tiempo de existencia del predicado.

Entre las propiedades del verbo está que, cuando es predicado, no necesita de ninguna otra cosa para unirse con el sujeto, sino que se une él mismo directamente con el sujeto, como cuando decimos «Zayd pasea».

Los lógicos llaman sujeto (*mawdû'*) al sujeto gramatical (*mujbir*) y predicado (*mahmûl*) al predicado gramatical (*jabar*).

Los términos compuestos están constituidos por estas tres clases de términos simples, bien por todas ellas, bien por dos de ellas.

En primer lugar hay dos clases de términos compuestos: aquellos cuya composición constituye una enunciación, y aquellos cuya composición constituye una condición, una excepción y una delimitación. Ejemplos de composición de enunciación son «Zayd es hombre», «'Amr está paseando» y «el hombre es un animal». Ejemplos de composición de condición son «Zayd el escribiente», «el hombre blanco», «el amigo de Zayd» y otros semejantes.

En segundo lugar hay compuestos de los que cada una de sus partes indica

parte del significado y el conjunto indica la totalidad del significado, y hay otros cuyo conjunto indica la totalidad del significado pero sus partes no indican parte del significado. Ejemplos de estos últimos son Qays 'Aylân, 'Abd Šams²³ y otros términos semejantes que se refieren a ciertos individuos, en los que sus partes, es decir, 'Abd o Šams, no indican ninguna parte del conjunto del individuo. Ejemplos de aquellos cuyo conjunto indica la totalidad del significado y sus partes parte de ese mismo significado son «el que escoge la sabiduría», «el amigo de Zayd» y «el hombre blanco».

Aquellos términos compuestos cuya parte no indica parte del conjunto, son análogos a los términos simples. A aquellos cuya parte indica parte del conjunto, el lógico los llama «frase» (*qawl*), ya sea su composición de delimitación o de enunciación, pero a aquellos cuya composición es de enunciación, el lógico los llama «proposición» (*qawl yâzim*)²⁴, o también «juicio» (*qadiyya*) y «sentencia» (*hukm*), como cuando decimos «Zayd pasea» y «el hombre es un animal».

La definición es una frase (*qawl*), cuya composición es de delimitación, que explica el significado indicado por cierto nombre a través de las cosas por las que ese significado se constituye. La descripción, en cambio, solamente es una frase, cuya composición es de delimitación, que explica el significado indicado por cierto nombre a través de las cosas por las que ese significado no se constituye, sino a través de sus modos o a través de aquellas cosas cuya constitución depende de ese significado. Por ejemplo: «pared» es un nombre que indica un significado que puede ser explicado por medio de dos frases. Una de ellas es que es un cuerpo vertical, hecho de piedras, ladrillos o arcilla, para sostener el techo. Otra es que es un cuerpo que tiene puertas adosadas, que tiene clavos, enalado, con balcones y en el que puede apoyarse quien está sentado. La primera frase explica el significado del nombre «pared» a través de aquellas cosas que entran en su constitución. La segunda lo explica a través de aquellas cosas que no entran en su constitución. La esencia de la pared no deja de ser tal por el hecho de que no tenga puertas adosadas, por no tener clavos o balcones, o porque nadie se apoye en ella; en cambio, si no hay ladrillos, ni piedra, ni arcilla, la pared no existe. La primera frase es la definición de pared; la segunda es su descripción. E igualmente ocurre en las restantes cosas.

Han acabado los artículos de introducción.

²³ Nombres propios árabes, muchos de los cuales suelen ser compuestos.

²⁴ Se trata del λόγος αποφαντικός, el discurso atributivo o proposición en general, cf. C. H. M. VERSTEEGH: *Greek elements in Arabic linguistic thinking*, Leiden, J. Brill, 1977. AL-FĀRĀBĪ's *Commentary on Aristotle's De Interpretatione*, edited with an Introduction by W. KUTSCH and S. MARROW, Beirut, Dar el-Machreq, 2.^a ed., 1971, pag. 51, línea 9.